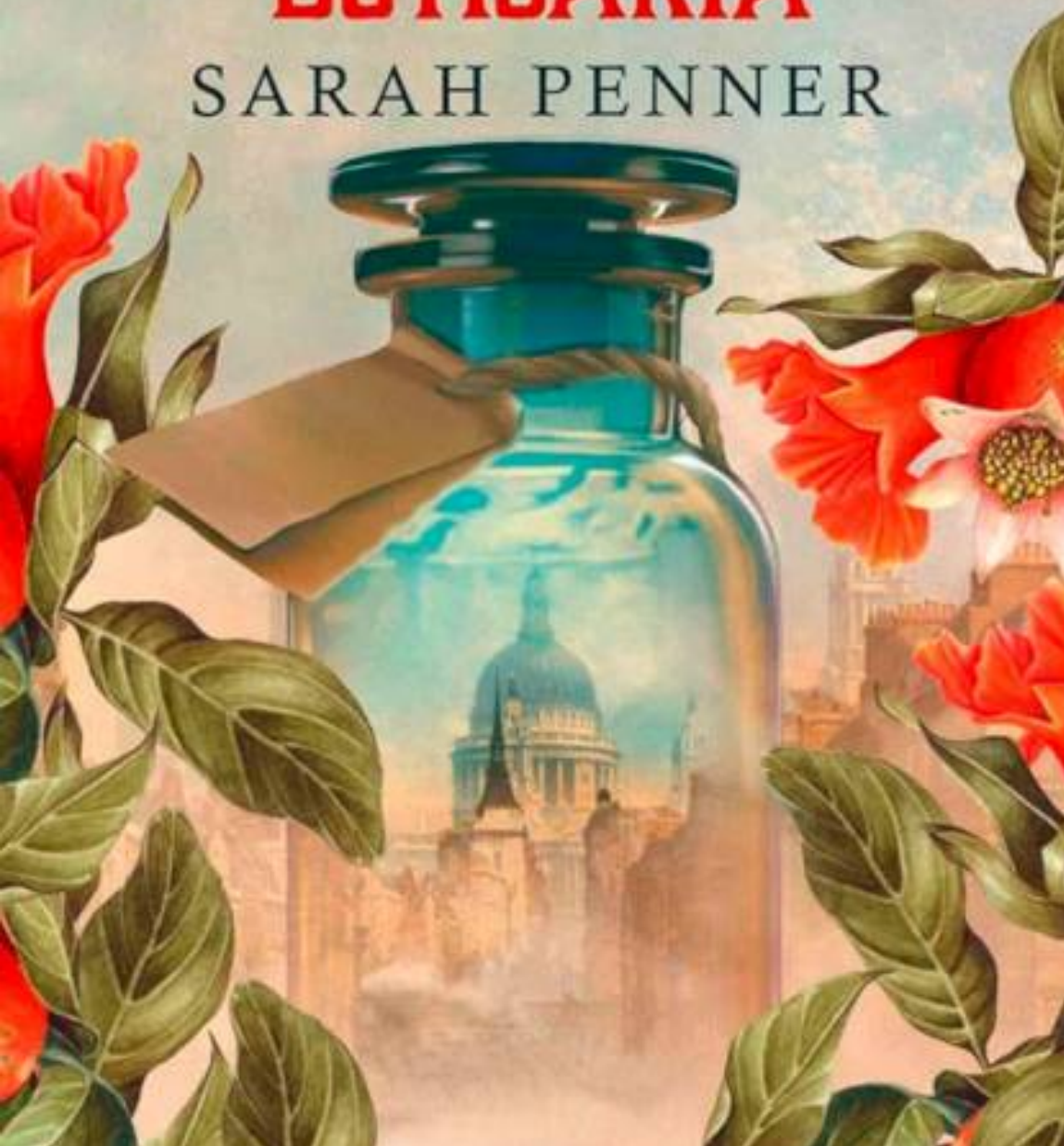


EL
SECRETO
DE LA
BOTICARIA

SARAH PENNER



Escondida en las entrañas del Londres del siglo XVIII, una botica secreta sirve a una clientela muy inusual. Entre las mujeres londinenses se rumorea sobre una misteriosa mujer llamada Nella que vende venenos camuflados de medicina a toda aquella que necesite usarlos contra hombres que las maltraten. Pero el destino de esta boticaria queda comprometido cuando su nueva protegida, una precoz niña de doce años, comete un error fatal que tendrá unas consecuencias cuyo eco se mantendrá durante siglos.

En la actualidad, una aspirante a historiadora llamada Caroline Parcewell pasa su décimo aniversario de bodas sola, enfrentada a sus propios demonios. Entonces dará con una pista para resolver los misteriosos asesinatos que hicieron temblar al Londres de hace más de doscientos años. Su vida se mezclará con la de aquella boticaria en un sorprendente giro del destino.

El secreto de la boticaria es un debut adictivo lleno de suspense, con personajes inolvidables y una gran profundidad. Un sinfín de secretos, venganzas y curiosas maneras en las que dos mujeres pueden salvarse la una a la otra pese a la barrera del tiempo.

Índice de contenido

Cubierta

El secreto de la boticaria

1. Nella

2. Caroline

3. Nella

4. Caroline

5. Nella

6. Caroline

7. Eliza

8. Caroline

9. Eliza

10. Nella

11. Eliza

12. Caroline

13. Nella

14. Caroline

15. Eliza

16. Caroline

17. Eliza

18. Caroline

19. Eliza

20. Nella

21. Caroline

22. Eliza

23. Nella

24. Caroline

25. Eliza

26. Caroline

27. Nella

28. Caroline

29. Eliza

30. Caroline

31. Nella

32. Caroline

33. Nella

34. Caroline

35. Nella

36. Caroline

Nella Clavinger, boticaria de venenos

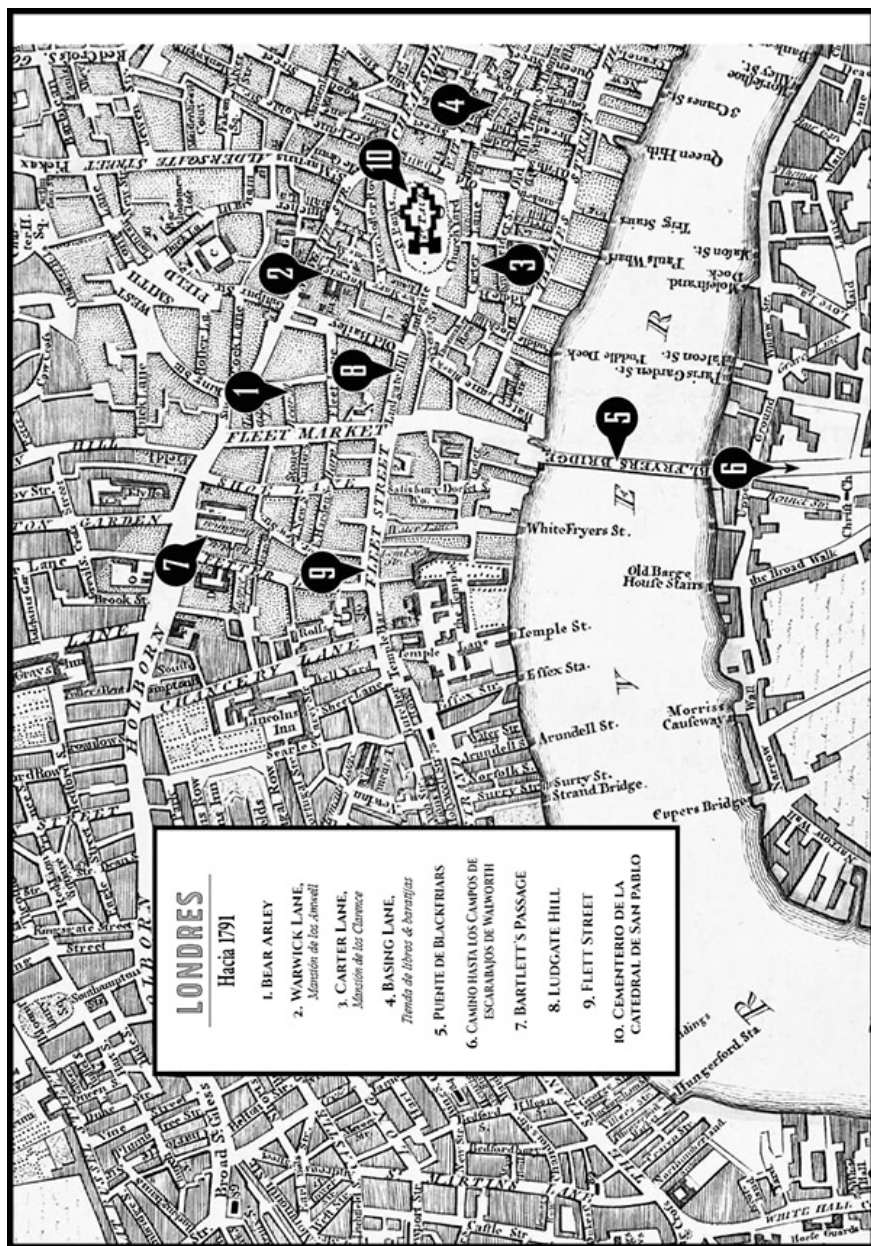
Nota histórica

Recetas

Agradecimientos

Sobre el autor

Para mis padres



JURO Y PROMETO ANTE DIOS, AUTOR Y CREADOR
DE TODAS LAS COSAS [...]

NUNCA ENSEÑAR A DESAGRADECIDOS NI LOCOS
LOS SECRETOS Y MISTERIOS DEL OFICIO [...]

NUNCA DIVULGAR LOS SECRETOS QUE SE ME HAN
CONFIADO [...] NUNCA ADMINISTRAR VENENOS [...]

RENEGAR Y REHUIR COMO DE LA PESTE DE LAS
PRÁCTICAS ESCANDALOSAS Y PERNICIOSAS DE
CHARLATANES, EMPÍRICOS Y ALQUIMISTAS [...]

Y NO CONSERVAR FÁRMACO ALGUNO NOCIVO O
EN MAL ESTADO EN MI ESTABLECIMIENTO.

¡QUE LA BENDICIÓN DE DIOS CONTINÚE CONMIGO
MIENTRAS SIGA OBEDECIENDO TODO ESTO!

ANTIGUO JURAMENTO DEL BOTICARIO



1

NELLA

3 de febrero de 1791

Llegó al amanecer, la mujer cuya carta tenía en aquel momento en mis manos, la mujer cuyo nombre aún desconocía.

No sabía su edad ni dónde vivía. No conocía la clase social a la que pertenecía ni el contenido oscuro de sus sueños al caer la noche. Podía ser tanto una víctima como una criminal. Una recién casada o una viuda vengativa. Una institutriz o una concubina.

Pero a pesar de todo lo que desconocía, comprendí perfectamente lo siguiente: aquella mujer tenía muy claro a quién quería ver muerto.

Acerqué el papel de color rosáceo a la llama mortecina de una vela de sebo con una única mecha. Recorrí con los dedos la tinta de sus palabras y traté de imaginar qué desesperación habría llevado a aquella mujer a recurrir a alguien como yo. Que no era solo una boticaria, sino también una asesina. Una maestra del camuflaje.

Su petición era sencilla y directa.

Para el esposo de mi señora, con su desayuno. Amanecer, 4 de febrero.

Al instante, visualicé una criada de mediana edad, obediendo órdenes de su señora. Y con un instinto que he ido perfeccionando a lo largo de las últimas dos décadas, supe de inmediato el remedio más adecuado para satisfa-

cer la petición: un huevo de gallina mezclado con nuez vómica.

La preparación sería cuestión de minutos; el veneno estaba a mi alcance. Pero por una razón que todavía desconozco, algo en aquella carta me provocó cierta inquietud. No era el sutil olor a madera del pergamino ni el modo en que la esquina inferior izquierda aparecía ligeramente enrollada, como si en algún momento las lágrimas la hubieran humedecido. El caso es que dentro de mí empezó a fraguarse un desasosiego. El conocimiento intuitivo de que algo debía evitarse.

¿Pero qué advertencia no escrita podía contener una única hoja de pergamino, camuflada bajo trazos de pluma? Ninguna, me aseguré; la carta no era ningún mal presagio. Mis preocupaciones no eran más que el resultado de la fatiga –era realmente tarde– y del dolor persistente de mis articulaciones.

Volqué la atención en el cuaderno con tapas de cuero de cabritilla que tenía en la mesa, delante de mí. Mi precioso cuaderno era un registro de anotaciones sobre la vida y la muerte, un inventario de las muchas mujeres que acudían a buscar pócimas a este lugar, la botica más tenebrosa de la ciudad.

En las primeras páginas de mi cuaderno, los trazos de tinta eran suaves, escritos con una mano ágil, carente de dolor y de resistencia. Aquellas entradas, descoloridas y gastadas, pertenecían a mi madre. Esta botica, especializada en dolencias de la mujer y situada en el número 3 de Back Alley, fue suya antes de pasar a ser mía.

De vez en cuando leía sus entradas –*23 de marzo de 1767, señora R. Ranford, milenrama, 15 gotas, 3 veces al día*– y las palabras allí escritas me evocaban su recuerdo: el modo en que el cabello le caía sobre la espalda cuando trituraba en el mortero el tallo de la milenrama, o la piel de su mano, tersa y fina como el papel, cuando extraía las semillas de la flor. Pero mi madre no había camuflado la

tienda detrás de una pared falsa ni vertido sus remedios en jarras de vino tinto. Nunca había tenido necesidad de esconderse. Los brebajes que despachaba eran solo para buenos fines: para calmar las partes doloridas y en carne viva de una parturienta o para provocar el menstruo de una esposa estéril. Y, en consecuencia, llenaba las páginas de su cuaderno con remedios herbales de carácter benigno que jamás levantarían ninguna sospecha.

En las páginas correspondientes a mis anotaciones, sin embargo, aparecían escritas cosas como ortiga, hisopo y amaranto, sí, pero también remedios más siniestros: belladona, vedegambre y arsénico. Debajo de los trazos de tinta de mis anotaciones se escondían traiciones, angustias... y secretos oscuros.

Secretos relacionados con aquel vigoroso joven que sufrió un ataque al corazón en vísperas de su boda o sobre cómo un adinerado padre reciente cayó víctima de unas fiebres repentinas. Las notas de mi cuaderno ofrecían todas las respuestas: no había habido ni corazones débiles ni fiebres, sino zumos de manzana espinosa y de belladona incorporados a vinos y pasteles por mujeres astutas cuyos nombres llenaban ahora mis páginas.

Oh, pero ojalá mi cuaderno contara mi propio secreto, la verdad sobre cómo empezó todo esto. Porque en sus páginas estaban documentadas todas las víctimas, todas excepto una: Frederick. Las líneas afiladas y negras de su nombre ensuciaban únicamente mi corazón melancólico, mi vientre marcado.

Cerré con cuidado el cuaderno, puesto que no tenía que utilizarlo más por el momento, y presté de nuevo atención a la carta. ¿Qué era lo que tan preocupada me tenía? El borde inferior del pergamino seguía atrayendo mi atención, como si por debajo de él se arrastrara alguna cosa. Y cuánto más seguía sentada a la mesa, más me dolía el estómago y más me temblaban las manos. A lo lejos, más allá de las paredes de la tienda, las campanillas de un

carruaje sonaron de forma aterradora, emulando las cadenas del cinturón de un policía. Pero me dije a mí misma que el alguacil no se presentaría esta noche, igual que jamás se había presentado en las últimas dos décadas. Mi botica, y también mis venenos, estaban camuflados con inteligencia. Nadie conseguiría encontrar este lugar; estaba escondido detrás de la pared de un armario, en los bajos de un callejón tortuoso de uno de los rincones más oscuros de Londres.

Dirigí la mirada hacia la pared manchada de hollín que nunca había tenido el valor, ni las fuerzas, de limpiar. Una botella vacía reflejó mi imagen desde una de las estanterías. Los ojos, en su día verdes y brillantes como los de mi madre, contenían poca vida. Igual que las mejillas, en otros tiempos sonrosadas por la energía, ahora se veían cetrinas y hundidas. Parecía un fantasma, mucho más vieja que los cuarenta y un años de edad que tenía.

Empecé a frotar con suavidad el hueso redondeado de mi muñeca izquierda, inflamado y caliente como una piedra que se ha puesto al fuego y ha quedado olvidada allí. El malestar de las articulaciones llevaba años invadiéndome el cuerpo; se había vuelto tan severo, que ya no conocía una hora sin dolor. Cada veneno que dispensaba acarrearaba una nueva oleada de congoja; había noches en las que tenía los dedos tan hinchados y rígidos, que estaba segura de que mi piel se acabaría abriendo y dejando al descubierto lo que había debajo.

Era la consecuencia de matar y guardar secretos. Había empezado a pudrirme de dentro hacia fuera, y algo en mi interior pretendía rajarme entera.

De pronto, el aire se volvió viciado y el humo empezó a arremolinarse junto al techo bajo de piedra de mi escondite. La vela estaba casi agotada y las gotas de láudano no tardarían mucho en envolverme en su pesado calor. La noche había caído hacía un buen rato y ella llegaría en cuestión de horas, la mujer cuyo nombre incorporaría a mi re-

gistro y cuyo misterio empezaría a desvelar, por mucho que el malestar se gestara en mi interior.

2

CAROLINE

Presente, lunes

En teoría, no tendría que estar sola en Londres.

Los viajes para celebrar un aniversario están pensados para dos, no para uno, pero cuando salí del hotel y me recibió el resplandor de una tarde de verano en Londres, el espacio vacío que tenía a mi lado me llevó la contraria. Hoy —la fecha de nuestro décimo aniversario de boda—, James y yo deberíamos haber estado juntos, de camino hacia el London Eye, la gigantesca noria que ofrece vistas panorámicas sobre la ciudad y se alza a orillas del Támesis. Habíamos reservado un paseo nocturno en una cápsula vip, ocupada solo por nosotros dos y con botella de champán incluida. Llevaba semanas imaginándome la cápsula, tenuemente iluminada y balanceándose bajo el cielo estrellado, nuestras risas interrumpidas tan solo por el tintineo de las copas y la caricia de nuestros labios.

Pero James estaba a un océano de distancia. Y yo estaba en Londres sola, triste, furiosa, con *jet lag* y con una decisión trascendental que tomar.

En vez de echar a andar hacia el sur, hacia el London Eye y el río, puse rumbo en dirección contraria, hacia la catedral de San Pablo y Ludgate Hill. Concentré mis esfuerzos en encontrar un *pub*. Me sentía como una turista, con mis zapatillas deportivas grises y mi bandolera cruzada sobre el pecho. Llevaba dentro mi libreta, con páginas repletas de tinta azul y corazoncitos y un resumen detallado de nuestro itinerario de diez días. Acababa de llegar y no so-

portaba la idea de leer nuestra agenda para dos y las notas graciosas que nos habíamos escrito mutuamente. *Southwark, paseo por el jardín de las parejas*, había escrito yo en una de las hojas.

Practicar hacer niños detrás de un árbol, había escrito James, justo al lado. Y yo había pensado en ponerme un vestido, por si acaso.

Pero ya no necesitaba la libreta, y había descartado todos los planes anotados allí. Empecé a percibir una quemazón en la garganta, la llegada de las lágrimas, y me pregunté qué más acabaría descartando. ¿Nuestro matrimonio? James era mi pareja desde la universidad; no conocía la vida sin él. No me conocía a mí misma sin él. ¿Perdería también las esperanzas de tener un bebé? Me dolía el estómago, y no solo por la necesidad de comer algo decente, sino también por aquella posibilidad. Deseaba ser madre, besar unos piecillos perfectos y hacer pedorretas en la barriguita de mi bebé.

Llevaba recorrida solo una manzana cuando localicé un *pub*, The Old Fleet Tavern. Pero justo antes de entrar, un tipo de aspecto robusto, armado con un portapapeles y vestido con un pantalón de algodón de color claro lleno de manchas, me hizo señas al pasar por su lado. Con una sonrisa de oreja a oreja, el hombre, que había superado con creces los cincuenta, me dijo:

—¿Te apetece venir con nosotros a remover fango, a practicar un poco el *mudlarking*?

«¿*Mudlarking*? —pensé—. ¿Pero qué me está diciendo este hombre?». Forcé una sonrisa y moví la cabeza en un gesto de negación.

—No, gracias.

Pero no se dio fácilmente por vencido.

—¿Has leído a algún autor de la época victoriana? —dijo, aunque el sonido de un autobús turístico de color rojo apenas me dejó oír su voz.

Y entonces, me paré en seco. Diez años atrás, en la universidad, me había graduado en Historia Británica. Había superado mis cursos con notas más que decentes, aunque lo que más me había interesado siempre era todo lo que había fuera de los libros de texto. Los capítulos austeros y predecibles no me llamaban tanto la atención como los álbumes mohosos y anticuados almacenados en los archivos de viejos edificios o las imágenes digitalizadas de recuerdos –carteles de espectáculos, registros censales, listas de pasajeros– que pudiera encontrar *online*. Podía perderme durante horas en aquellos documentos aparentemente carentes de significado mientras mis compañeros de clase se reunían en los bares para estudiar. No podía atribuir a nada específico mis intereses tan poco convencionales; lo único que sabía era que los debates que se desarrollaban en clase sobre las revoluciones civiles y los líderes mundiales sedientos de poder me hacían bostezar. Para mí, el atractivo de la historia estaba en las minucias de la vida de otros tiempos, en los secretos no contados de la gente normal.

–Alguno he leído, sí –respondí.

Amaba las novelas clásicas británicas, naturalmente, y en mi época de estudiante era una lectora voraz. A veces pensaba que habría hecho mejor decantándome por un grado en Literatura, pues parecía más acorde a mis intereses. Lo que no le dije a aquel hombre fue que llevaba un montón de años sin leer literatura victoriana, ni, de hecho, ninguno de mis títulos antiguos favoritos. Si aquella conversación acababa en un examen sorpresa, fracasaría estrepitosamente.

–Pues todos escribieron sobre los *mudlarkers*, esa cantidad infinita de almas que se pasaba el día removiendo el fango del río en busca de objetos antiguos, de objetos con algún valor. Tal vez te mojes un poco los zapatos, pero no hay mejor manera de sumergirse en el pasado. La marea sube, la marea baja, y siempre trae consigo alguna